

Ares y Mares

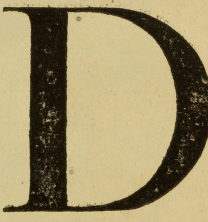
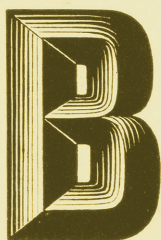


PALABRALOGÍA

Virgilio Ortega



Un
apasionante
viaje por
el origen
de las
palabras



CRÍTICA

Virgilio Ortega

Palabralogía

Un apasionante viaje
por el origen de las palabras

ARES y MARES

ARES y MARES
es una marca editorial dirigida por
Carmen Esteban

Primera edición: abril de 2014

Palabralogía
Virgilio Ortega

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Virgilio Ortega, 2014

Fotocomposición: gama, sl

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-696-5
Depósito legal: B. 4969 - 2014
2014. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

TEMPUS FUGIT

«**E**l tiempo huye», como rezan muchos relojes de sol, tanto en latín (*tempus fugit*) como en castellano. «Huye irreparablemente el tiempo», decía poéticamente el romano Virgilio. Y otro poeta romano, Ovidio, llamaba al tiempo «devorador de todas las cosas». ¡Patético! El tiempo se nos escapa, como se nos van las arenas de la playa entre los dedos de la mano o como se le van las aguas del mar al niño que las quiere atrapar con un cesto de mimbre. Habitamos la vida tan presurosos que apenas nos queda tiempo para vivirla.

El tiempo es unidireccional (el presente siempre va del pasado al futuro, nunca al revés) y además irreversible («Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río», decía el filósofo griego Heráclito). El tiempo es un continuo que hemos querido hacer discontinuo, y por eso nos hemos empeñado en cortarlo: en años, estaciones, meses, días, horas, minutos, segundos. Y sin embargo... ¡se nos sigue yendo!

El calendario

Para intentar atrapar el tiempo, hagamos un poco de **cronología** (palabra que deriva de Cronos, el dios griego del tiempo), no siendo que éste nos devore como hace con sus propios hijos en el trágico cuadro de Goya *Saturno devorando a sus hijos* (Saturno es el *alter ego* romano del griego Cronos). Y, para situarnos, veamos la historia del **calendario** (en latín, las *calendae*

eran el primer día de cada mes; y la terminación en ‘-ario’ indica ‘conjunto de’, como en **abecedario**, ‘conjunto de letras’, en **noticiario**, ‘conjunto de noticias’, o en **herbolario**, ‘conjunto de hierbas’. Y veámosla enseguida, sin dejarlo *ad calendas graecas*: los griegos no tenían *calendae*, por lo que dejar algo *ad calendas graecas* equivale a dejarlo ‘para nunca’, *sine die*. Esa expresión se atribuye al emperador Augusto (¡volverá a salir!), quien la imputaba a los malos pagadores: éstos dejaban sus pagos para las ‘calendas’ griegas y, como éstas no existían, pues ¡no pagaban nunca!

Nuestro calendario no es más que el calendario egipcio, adoptado luego por un emperador romano de nombre Julio (por lo que hablamos de ‘calendario **juliano**’) y modificado después ligeramente por un papa renacentista de nombre Gregorio (por lo que hablamos de ‘calendario **gregoriano**’). Así de simple. Pero hemos de reconocer que no todos los cristianos aceptaron ese calendario católico, lo cual hizo que la llamada Revolución de Octubre rusa... ¡se produjese en noviembre!

Hace más de 5.000 años (¡qué antiguo es el tiempo!), los egipcios tenían ya un calendario de 12 meses de 30 días, lo cual les daba un total de 360 días al año. Pero esto no les acababa de cuadrar: la crecida anual del Nilo, de la que dependían sus cosechas, se les adelantaba unos días

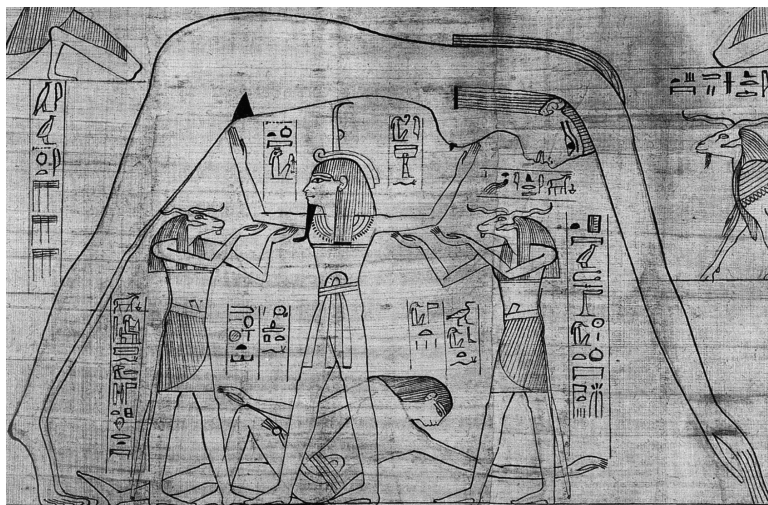


Figura 1.1. Entre el dios Tierra y la diosa Cielo se interpone el dios Aire durante 360 días. Pero al final les deja acoplarse durante los cinco días que están «por encima del año».

cada año. Y ese error, acumulado durante siglos, hacía que, al cabo de 1.460 años, ¡perdiesen un año entero! Para resolverlo y explicarlo, ellos tenían un mito precioso. El Tierra (para los egipcios, el dios de la tierra, Gueb, era masculino) quería copular con la Cielo (para los egipcios, el dios del cielo, Nut, era femenino). Pero entre ambos se interponía el Aire (el dios Shu, ¡qué cruel!) y no les dejaba copular ninguno de los 360 días del año. Entonces llegó el dios de la sabiduría Thot (¡qué sabio!) e inventó los 5 días llamados *heru renpet* (los cinco días que están ‘por encima del año’), en los que el Tierra y la Cielo sí podían copular... y engendrar a los otros dioses. Y así se pasó del año de 360 días al año de 365. Bueno, dejándonos ya de mitos: la verdad es que los egipcios descubrieron ese año solar de 365 días antes incluso de la construcción de las pirámides. Por eso dice Heródoto que «los egipcios fueron los primeros hombres del mundo que descubrieron el ciclo del año... y afirmaban haberlo descubierto gracias a su observación de los astros». O sea, que además de buenos creadores de mitos, eran buenos **astrónomos** (del griego *astron*, ‘astro’, ‘estrella’, y *nomos*, ‘regla’, ‘ley’): buenos «observadores de las horas», como se llamaban los astrónomos egipcios a sí mismos. (Véase Figura 1.1).

Pero ni aun así se acabó de resolver el problema. Y es que el año de los astrónomos no dura ni 365 ni 366 días, sino 365 más unas 6 horas: exactamente, la Tierra da una vuelta alrededor de nuestra estrella cada 365 días, 6 horas, 9 minutos y 9,76 segundos. ¿Cómo solucionar este embrollo en el calendario? Una cultura tan milenaria como la egipcia logró resolverlo: en el *Decreto de Canopo* (año –238) propusieron intercalar un día más cada cuatro años, creando así lo que los romanos llamarían luego los años **bisiestos**.

Y entonces salen a escena los romanos. Cuando los brutos de los romanos (¡qué sabría Julio César de calendarios!) entran en contacto con los egipcios y descubren su sofisticado calendario, se asombran; y César, con la ayuda de Sosígenes, un astrónomo de la ciudad egipcia de Alejandría, modifica el atrasado calendario romano introduciendo en el año –45 ese genial invento egipcio de añadir un día más cada cuatro años. ¿Y dónde introducen ese día? Pues justo después de su 24-F, que era el día sexto antes de las calendas de marzo, con lo cual contaban ‘dos veces’ ese ‘día sexto’ y así éste era *bis sextus*, o sea, **bisiesto**. Eso sí, en honor de Julio César el nuevo calendario no se llamaría ‘egipcio’, sino **juliano**. Y este



Figura 1.2. Estatua de Gregorio XIII, papa boloñés impulsor de la reforma del calendario juliano. En su honor hablamos del calendario **gregoriano**.

calendario egipcio-juliano, ligeramente modificado en el año 1582 por el papa boloñés Gregorio XIII (en cuyo honor se llama ahora calendario **gregoriano**), es el que nosotros usamos hoy. Si algún día van a Bolonia, no dejen de ver la estatua de este papa en la plaza Mayor. (Véase Figura 1.2).

Por cierto, nuestro calendario aún no es perfecto: todavía hay un desajuste de unos tres días cada 10.000 años. Así que, si se animan a corregirlo, podrán añadir su nombre propio al de tan ilustres predecesores.

Los años

Todos sabemos que ni siquiera somos capaces de ponernos de acuerdo entre los distintos países para decir en qué **año** (del latín *annus*) vivimos. ¡Pues no costaría tanto! En definitiva, nos pusimos de acuerdo para el espacio (paralelos y meridianos) y también para una parte del tiempo (horas y husos horarios). ¿Por qué no para los años? Si ya hemos llegado a una norma ISO (la 8601) para regular la representación de fechas y horas, podríamos ser un poco más ambiciosos y unificar los años.

Los griegos contaban los años desde la primera **Olimpiada** (del griego *olympiás*, periodo de cuatro años entre dos Juegos **Olímpicos** seguidos), que se celebró en el -776 ; por tanto, en 2014 estarían en el año $776 + 2014 = 2790$. Y los romanos los contaban *ab Urbe condita*, ‘desde la fundación de la Urbe’ (la suya, claro: Roma), que se produjo en el -753 ; por tanto, en 2014 estarían en el año $753 + 2014 = 2767$.

¿Y qué sucede hoy? En 2014, los judíos van por el año 5774 (desde su Creación del mundo en el año -3760 , por lo que $3760 + 2014 = 5774$), los musulmanes van por el 1435 (a partir de la hégira de Mahoma desde Medina a La Meca en el año 622, pero no se molesten echando las cuentas, que no salen, porque sus años no duran lo mismo que los nuestros), los chinos van por el año del Caballo (cuentan los años desde la invención de su calendario en el -2637 , pero organizan los años en ciclos de 60 años, ciclos que incluyen 12 animales, además con 5 elementos... olvídenlo, tampoco lo entenderán). Y así hasta el ridículo.

Pero es que tampoco los occidentales lo tenemos muy claro: contamos los años desde el nacimiento de Cristo (**A. D.**, *anno Domini*, ‘el año del Señor’, ponen los ingleses tras la cifra de los últimos 2014 años, para diferenciarlos de los años sucedidos **B. C.**, ‘antes de Cristo’ en inglés). Pero tampoco sabemos muy bien cuándo nació Cristo. Nos hemos fiado de un cierto Dionisio el Exiguo, que además de tal debía de ser un poco cortito, el pobre, quien, basándose en cálculos erróneos, fijó mal dicha fecha: hoy se piensa que Cristo debió de nacer en el año 4 **antes de Cristo**. O sea, que Cristo nació antes de Cristo. ¡Vaya cristo nos montó el Exiguo!

Las cuatro estaciones

¿Quién bautizó a las cuatro estaciones? No Vivaldi, por supuesto, sino ¡los romanos! Claro, ahora ya lo tenían fácil: tras haber corregido su calendario en función del egipcio, los romanos siguieron con sus propios nombres de meses y días, y nos los pasaron a nosotros. Y eso mismo sucedió con los de las cuatro **estaciones** (del latín *statio*, ‘acto de estar’ o ‘permanecer’, como en **estancia**) del año.

Muy al principio, **primavera** se decía en latín *ver*, a secas. Pero los romanos antiguos quisieron insistir en algo ya obvio, redundante: que la primavera era ‘la primera estación’ del año. ¡Claro, el año comenzaba en las calendas de marzo! Evidente. Y por eso empezaron a hablar del *primum vere*, que en latín vulgar daría *prima vera*, es decir, ‘la primera primavera’. ¡Por Tutatis, que diría Astérix, qué brutos son estos romanos!

Lógicamente, la expresión latina *veranum tempus* quedó reservada para el **verano**. Aunque a esa estación también se la llamó *aestivum tempus*, de donde procede nuestro **estío**. Es el tiempo de la **canícula** (del latín *canicula*, la ‘perrita’, el ‘can’ pequeño), cuando el calor es más fuerte: tal era el nombre de Sirio (Sopdet en Egipto), la estrella más brillante del cielo, cuyo nacimiento **helíaco** (del griego *helios*, ‘sol’) era en Egipto el heraldo que anunciaba la vital crecida anual del Nilo. Era hacia el 18 de julio, pero les aseguro que Franco no tenía nada que ver con eso.

¿Y el **otoño**? Del latín *autumnus*. Esta voz derivaba de *auctus*, *-a*, *-um*, que era el participio pasivo del verbo *augere*, ‘aumentar’, ‘crecer’ (de donde viene también nuestro **auge**). La vegetación estaba ya en el auge máximo de su ciclo vital, había llegado a su madurez.

Y, por fin, el **invierno**. También nos llegó del latín, por supuesto: de *hibernum tempus*, el ‘tiempo invernal’, la estación fría. Procede de una raíz indoeuropea que significaba ‘invierno’, con otra parecida que indicaba ‘nieve’. Por eso, cuando llega el invierno, algunos animales **hibernan** reduciendo su metabolismo o bien **invernan** en zonas de buenos pastos.

¡Gracias, Vivaldi!

Los doce meses del año

Mes, en latín, se decía *mensis*, palabra de la misma raíz que el inglés ‘moon’, ‘Luna’, pues inicialmente los meses romanos eran lunares.

Muy al principio, en Roma sólo había diez meses, y el año empezaba en marzo. Pero ya Numa Pompilio, el segundo rey de Roma, reorganizó el calendario sagrado e introdujo los dos primeros meses actuales.

Para designar al primero de los dos, no pudo elegir un nombre más adecuado: el de Jano, el dios **bifronte** (del latín *bifrons*, ‘de dos frentes’),

que con una cara (una ‘frente’) miraba hacia el pasado y con la otra al futuro, con una frente hacia el año que terminaba y con la otra hacia el que empezaba. Por eso era el dios de las puertas: podía mirar hacia dentro y hacia fuera, vigilando así tanto la entrada como la salida. En honor del dios Jano (*Ianus* en latín), el mes se llamaría *ianuarius*, de donde viene nuestro **enero**. La bahía de Río de Janeiro fue descubierta por los portugueses el 1 de enero de 1502 y por eso llamaron a la futura ciudad **Río de Janeiro**, ‘río de enero’, donde la etimología queda aún más clara.

¿Y **febrero**? Pues viene del mes latino *februarius*, que era el mes de las purificaciones o *februa*. Hacia el 15 de febrero se celebraban en Roma las fiestas **Lupercales**, cerca de la gruta donde la *lupa*, la ‘loba’, había alimentado a los fundadores Rómulo y Remo, situada en la colina Palatina (¡se puede subir!). En ese festival de las *februa*, los celebrantes azotaban a la gente (sobre todo a las mujeres) con unas *februa*, o tiras de piel de macho cabrío, para así purificarla. Nuestra **fiebre** (del latín *febris*) aún tiene que ver con esas purificaciones. Al igual que ocurre con otros nombres de meses, también aquí el nombre latino se ha conservado en las principales lenguas europeas modernas: *febbraio* en italiano, *february* en inglés, *février* en francés, *februar* en alemán, *fevereiro* en portugués...

Marzo procede del latín *martius*, el mes de Marte, dios de la guerra pero también de la fertilidad, tanto la del ganado como la de las plantas. No en vano era el mes en el que la vida, tras el paréntesis invernal, volvía a renacer. Era el inicio de la primavera, como había sido también el principio del año.

Abril parece claro: viene del latín *aprilis*, que era el nombre de este mes. Hasta ahí sí, claro. Pero ¿de dónde venía *aprilis*? Según algunos, tendría que ver con el verbo *aperire*, ‘abrir’: es el mes en el que se abren las flores. Pero quizá sea una etimología demasiado fácil, por lo que hay muchos especialistas que la discuten. Otros lo relacionan con la palabra griega *afro*, ‘espuma’, de donde nació la diosa griega **Afrodita** (Venus para los romanos, a la que estaba dedicado este mes). O sea, que en esto de las etimologías no hay que fiarse de las apariencias, pues hay muchas «leyendas urbanas».

Mayo se llamaba *maius* en latín. Pero también aquí tenemos muchas dudas. Unos especialistas relacionan ‘mayo’ con la palabra latina *maio-*

res, los ‘mayores’, los ‘antepasados’, a quienes se veneraría en este mes. Pero otros lo vinculan a Maya, la diosa romana de la floración (todavía mayo es el «mes de las flores»), a quien llamaban la *Magna Mater*, la ‘Gran Madre’, y también la *Bona Dea*, la ‘Buena Diosa’. Estaría vinculada a la fertilidad y a la maternidad, y su fiesta se celebraría en mayo. Pero sus ritos eran secretos, por lo que de ello sabemos poco y además inseguro. En este mes, en muchos pueblos de España, se ponía en la plaza del pueblo un **mayo** (un tronco de árbol alto y erguido), adornado con cintas y frutos, al que mozas y mozos acudían a divertirse, en ritos que no pueden menos de evocar los que antes favorecían la fertilidad de los campos.

Junio es (casi) evidente: *iunius* era el mes de la diosa Juno, la esposa de Júpiter, el supremo dios romano. En una sociedad como la romana, en cuyos mitos se habla de una presencia femenina fuerte, el papel de la mujer como esposa y madre era vital. Y eso era Juno, suprema divinidad femenina: diosa del matrimonio y de la maternidad, protectora de los em-



Figura 1.3. *Julio César y Cleopatra*, por Gérôme. El calendario **juliano** fue inspirado por Sosígenes, astrónomo egipcio de Alejandría.

barazos y de los partos. Pero el propio poeta latino Ovidio, en su popular e inacabada obra *Fasti*, da una segunda etimología para *iunius*: si mayo es el mes de los *maiores* (los ‘antepasados’), *iunius* lo será de los *iuniores*, el de los ‘jóvenes’, el mes de la juventud.

Julio ya lo sabemos: viene de *iulius*, como no podía ser de otra manera tratándose del calendario ‘juliano’. El antiguo mes romano *quinctilis*, que era el ‘quinto’ contando a partir del mes de marzo con el que se iniciaba el año, en el -44 pasó a llamarse *iulius* en honor del reformador del calendario Julio César. ¡Qué menos! (Véase Figura 1.3).

Otro que tenía un *ego* que se lo pisaba era Augusto, que para eso fue el primer emperador romano. ¡No iba a ser menos que su tío-abuelo Julio César! Si Julio había dado su nombre propio al antiguo mes *quinctilis*, el agosto Octavio daría el suyo, no sólo al adjetivo **augusto**, sino también al antiguo mes *sextilis*, que era el sexto del año. Y así, en el año -24, en honor a sí mismo, Augusto hizo que ese mes pasase a llamarse *augustus*, de donde viene nuestro **agosto**. ¡Él sí que hizo el agosto!

Y el resto de los meses los podemos decir ya «de carrerilla». **Septiembre** viene del latín *september*, de *septem*, ‘siete’ (era el mes ‘séptimo’ cuando el año lunar romano empezaba en marzo) y de *imber*, ‘lluvia’ (porque entonces comenzaba la estación de las lluvias). **Octubre** viene del latín *october*, de *octum*, ‘ocho’, e *imber*, pues seguían las lluvias. **Noviembre** viene de *november*, de *novem*, ‘nueve’, y el consabido *imber*, ¡qué lluvia más pertinaz! Y, por último, **diciembre** viene del latín *december*, por *decem*, ‘diez’, y las ya insoportables lluvias designadas por *imber*. Aunque parezca mentira, y por una sola vez, estos cuatro últimos meses no son anglicismos, aunque se digan igual: también en inglés vienen del latín.

Los siete días de la semana

Nuestra palabra **semana** procede de la latina *septimana*, que, a su vez, viene del adjetivo *septimanus*, ‘relativo al siete’. Es un espacio de siete días consecutivos. Y **siete**, en latín, se decía *septem*, como ya hemos visto también en ‘septiembre’, cuando éste era el séptimo mes con sus correspondientes lluvias.

Se cree que la semana de siete días surgió al observar los ciclos lunares: en efecto, las fases de la Luna (llena, menguante, nueva, creciente) duran siete días cada una. O sea, una semana. Y los nombres de esos siete días proceden de los nombres de los **planetas** (del griego *planetes*, ‘errantes’, astros que no están inmóviles sino que vemos que se desplazan contra el fondo de estrellas fijas), al menos de los más conspicuos: la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno y el Sol, aunque ni la Luna ni el Sol sean hoy planetas por mucho que se muevan respondiendo a la etimología de ‘planeta’ y, por supuesto, a las leyes de Newton.

¿Y los nombres de estos ‘planetas’ de dónde nos vienen? Pues de los nombres de sendos dioses. Romanos, por supuesto, que dioses era de lo que más les sobraba.

El **lunes** era en latín el *Lunae dies*, el ‘día de la Luna’. De *lunae* conservamos el ‘lun’ al principio de nuestra palabra ‘lunes’ y de *dies* conservamos el ‘es’ al final: al contraerse ambas palabras latinas se originó nuestro ‘lunes’. Algo parecido ocurre en inglés cuando dicen *monday* (por *moon day*, literalmente ‘el día de la Luna’), y en alemán, *montag*, exactamente igual, y en holandés, *maandag*, y en francés, *lundi*, y en italiano, *lunedì*... Y también en catalán, sólo que poniéndolo al principio, *dilluns*, que en algo más nos teníamos que diferenciar.

¿Y **martes**? Pues lo mismo: del latín *Martis dies*, el ‘día de Marte’. Marte, como dios de la guerra, es un verdadero conquistador: no se ha



Figura 1.4. *Venus y Marte*, por Botticelli. La diosa romana Venus dio nombre a nuestro **viernes** y el dios Marte a nuestro **martes**, así como a nuestro mes de **marzo**.

contentado sólo con tener un día de la semana (el martes) y también un mes del año (marzo), sino que además tiene adjetivos como **marcial** ('al estilo de Marte'), nombres propios como **Marte** (el planeta dedicado a ese dios) y, por tanto, sustantivos como **marciano** ('habitante de Marte'). ¡Y eso que todavía no han 'aterrizado' en la Tierra los «hombrecitos verdes» procedentes de nuestro planeta vecino! Aún más, si el planeta Marte lleva el nombre del dios de la guerra, sus dos satélites llevan el de sus dos hijos: **Fobos** (el 'miedo') y **Deimos** (el 'terror'). ¡Qué belicosos!

Miércoles era el *Mercurii dies*, el 'día de Mercurio'. El nombre de este dios tiene que ver con el latín *merx*, 'mercancía', lo cual explica palabras como **mercado**, **mercadería**, **mercar**, **mercante**, **mercantil** y hasta **mercachifle**. No es de extrañar que Mercurio, además de ser el mensajero de los dioses, fuese el patrono de los **mercaderes**, de los comerciantes y también, curiosamente, de los ladrones (¿jino será todo lo mismo!?): el dios griego Hermes, correspondiente al romano Mercurio, había robado los rebaños del dios Apolo nada más nacer, o sea, que le venía en la sangre. ¡Vaya fama! Menos mal que también dio nombre a un elemento químico que ha servido para 'medir la temperatura' con los **termómetros**: el **mercurio**.

Jueves era el *Jovis dies*, el 'día de Júpiter', dios supremo, el dios de los dioses. El atributo más llamativo de este dios era el trueno, por lo que no tiene nada de extraño que al jueves los ingleses lo llamen *thursday* (de Thor, dios nórdico del trueno), los alemanes *donnerstag* (literalmente, el 'día del trueno') y los holandeses *donderdag*, que hasta parece retumbar. De *jovis* procede también nuestra palabra **jovial**, pues Júpiter era un dios divertido y cachondo, al que le encantaban los amoríos con otras diosas (tuvo decenas de hijos) e incluso le atraía andarse disfrazando festivamente: se disfrazó de cisne para beneficiarse a Leda, de lluvia de oro para arrojarse sobre Danae y de toro para embestir a Europa. Hasta se casó con su hermana Juno, la de junio, ¿recuerdan?, y con ella tuvo a Marte, otro viejo conocido. ¡Rayos y truenos! Estos dioses...

El **viernes** era el *Veneris dies*, el 'día de Venus'. Venus era la diosa de la hermosura y el amor, cuyo equivalente griego era Afrodita. Tan bella era que inspiró a los cinceles de los escultores (Venus de Milo), a los pinceles de los pintores (*La Venus del espejo*, de Velázquez) e incluso a los

papeles de los compositores (el Tannhäuser de Wagner descubrirá Venusberg, el ‘monte de Venus’). Como se ve en el famoso cuadro de Botticelli, Venus había nacido del mar en una concha de **vieira** (del latín *veneria*), que hoy, en su honor, se llama también ‘concha venera’ o ‘concha de Venus’ y que los peregrinos a Santiago conocen muy bien. En el Juicio de Paris, éste debía elegir a la diosa más bella: para sobornarlo, Hera le ofreció el poder, Atenea la inteligencia y Afrodita (Venus) el amor de Helena, la mujer más bella del mundo. Y, claro, ganó la tercera. Pero, ¡ajo!, el culto excesivo al **monte de Venus** puede acarrear desgracias: si entonces causó la guerra de Troya, hoy podemos contraer una ‘enfermedad **venérea**’, sobre todo si practicamos ese culto sin protección. ¿Será por esto por lo que los viernes-13 son días nefastos para los ingleses? Tal vez sea más prudente limitarnos a mirar las estrellas: Venus es el tercer astro más brillante del cielo (tras el Sol y la Luna), tanto al amanecer (el ‘lucero del alba’) como al anochecer (el ‘lucero vespertino’). Los ingleses llaman al viernes *friday*, los alemanes *freitag* y los suecos, noruegos y daneses *fredag*: todos ellos están rindiendo culto a Freyja o Freja, la diosa nórdica del amor y la fertilidad. Lógicamente, en árabe el viernes se llama *al-ÿum'a*, el día de ‘la reunión’: es el día en que los musulmanes se reúnen para orar juntos en la mezquita. También así se evita rendir culto a Venus. (Véase Figura 1.4).

El nombre del **sábado** procede del hebreo *sabbat*, que significa ‘reposo’, ‘descanso’. Así pues, el sábado era el ‘día del descanso’. En *Éxodo*, 20, 8, la Biblia dice: «Acuérdate de santificar el día del sábado». Y, según el *Diccionario* de la Academia, el hebreo *sabbat* procede, a su vez, del acadio *šabattum*, que también los mesopotamios aportaron a la astronomía tanto como los egipcios, si no más. Una tablilla cuneiforme mesopotámica cita el *šabattum* como «el día del descanso del corazón». Y del hebreo *sabbat* procede el nombre de este día en la mayoría de las lenguas actuales, incluido el árabe (*as-sabt*), pero con dos excepciones importantes: primera, en inglés es *saturday*, el ‘día de Saturno’ (conservando el antiguo nombre latino: *Saturni dies*), pues Saturno era el dios del tiempo (Cronos, ¿recuerdan?) y Saturno es también el astro más bello de nuestro Sistema Solar; y segunda, en los países escandinavos es el ‘día de bañarse’ (*lördag*, *lördag*), de cuando la gente sólo se bañaba un día a la semana.

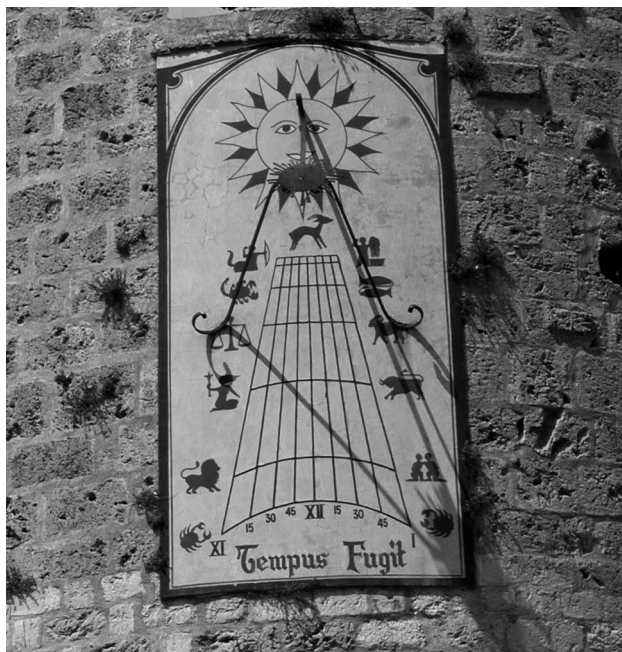


Figura 1.5. El **gnomon** ('guía') de este reloj de sol nos dice las horas. Y la leyenda *Tempus Fugit* («El tiempo huye») nos sugiere que las aprovechemos.

¡Guarros! Bueno, en realidad los guarros no eran únicamente los vikingos: también nosotros conservamos todavía la expresión 'hacer sábado' para indicar que en ese día se hace limpieza de la casa. ¿Y los otros días? Por otro lado, nuestra expresión 'año **sabático**' no indica que descansamos sólo un sábado... ¡sino todo un año! Y cuando se desata la «fiebre del sábado noche», nuestras modernas brujitas y machos cabríos parecen escaparse de las pinturas negras de Goya en las que celebraban sus aquelares la noche del *sabbat* para encaminarse a sus sabáticos botellones.

Por último, para los seguidores de la Biblia, Dios creó el mundo en una semana: o sea, en seis días de trabajo y, tras una tarea tan agotadora, uno de descanso. En *Génesis*, 2, 2, leemos: «El séptimo día Dios tuvo terminado su trabajo, y descansó en ese día de todo lo que había hecho». Para los judíos, como hemos visto, ese día era el *sabbat*, por lo que durante mucho tiempo se consideró que el sábado era el día de descanso y la semana empezaba el día siguiente; y así lo hacen todavía los judíos de Israel. Pero

los musulmanes descansan el viernes e inician la semana el sábado. Y los cristianos descansan el domingo y empiezan la semana el lunes... excepto algunos cristianos, como los portugueses y los ingleses, que consideran que la semana empieza el domingo, no el lunes. Nada, que no nos ponemos de acuerdo ni para descansar.

Pero no siempre había sido así para los cristianos: durante más de tres siglos, el día de descanso de los cristianos había sido el sábado (María, Jesús y los Apóstoles eran judíos) y la semana empezaba el día siguiente. Pero, en el año 321, Constantino I el Grande, el emperador romano que ocho años antes había dejado ya de perseguir a los cristianos y los había legalizado en su *Edicto de Milán*, decretó que en adelante el día último y más importante de la semana no fuese el sábado, sino el día siguiente: el «venerable día del Sol», que sería el nuevo día de descanso semanal (los ingleses todavía dicen *sunday*, el ‘día del Sol’). Y, con el correr de los siglos, todas las prohibiciones laborales del *sabbat* judío se transfirieron al día siguiente, que pasaría a designarse **domingo**, de *Dominicus*, el ‘día del Señor’ (‘Señor’ se dice *Dominus* en latín). Culminaba así la semana.

Las veinticuatro horas del día

De las veinticuatro horas del día, sólo hay una realmente importante: la *sexta*, de donde procede nuestra **siesta**. Las otras no son tan imprescindibles. Los romanos dividían el día en distintas horas, que empezaban a numerar hacia las siete o las ocho de la mañana, horas solares: la *prima*, la *secunda*, la *tertia*... Todavía hoy, si usted se aloja en la hospedería del Monasterio de Silos, tendrá ocasión, no sólo de admirar su glorioso claustro y de escuchar su excelso **gregoriano** (¡otro Papa de nombre Gregorio, pero esta vez el Magno, no el XIII!), sino también de seguir sus horas de rezo: además de los **maitines** (en el *tempus matutinus*, matinal, por la mañana), los monjes tienen la hora Tertia (la 3.^a), la Sexta (la 6.^a), la Nona (la 9.^a)...

¡Menos mal que los pobres romanos finalmente inventaron algo digno de mención, la siesta! Debieron de quedar tan exhaustos con tanto trabajo lexicográfico, que al final no tuvieron más remedio que echarse una siestecita a la hora sexta. Nuestro sarcástico Cela decía que había que

hacer la siesta «con pijama, padrenuestro y orinal», aunque ya los jóvenes modernos no saben qué es el orinal, muchos no rezan ni un padrenuestro y el pijama... no es necesario. ¡Pero la siesta sí!

«Todas hieren, la última mata», dice un reloj de sol hablando de las horas. ¡Así que cambiemos rápidamente de tema!

Instrumentos de medir el tiempo

Se dice que, hace ya 3.500 años, en tiempos de Tutmosis III, llamado «el Napoleón egipcio», se usaba un pequeño reloj solar portátil llamado *she-sat* (Shesat era la diosa egipcia del cómputo del tiempo). Constaba de dos



Figura 1.6. Clepsidra del siglo –V. La palabra **clepsidra** significa ‘ladrón de agua’: el recipiente inferior parece que ‘roba el agua’ que cae del superior a medida que pasan las horas.

piedras perpendiculares, una de las cuales tenía marcadas las horas y la otra servía de **gnomon** (del griego *gnomon*, ‘guía’, ‘indicador’): la longitud de la sombra indicaba la hora. «Pero este sistema sólo servía en los días que hacía bueno», como decía Plinio el Viejo sobre los relojes de sol romanos. Y, como aseguraba un reloj de sol, «*Da mihi solem, dabo tibi horam*» («Tú dame sol, que yo te daré la hora»). (Véase Figura 1.5).

Por eso precisamente se inventaron los relojes de agua, que funcionan con sol o sin él: las **clepsidras**. La etimología de esta palabra es toda una metáfora: viene del griego *klepsydra*, formada por las palabras *klepto*, ‘robar’ (¿no estaremos ahora en una **cleptocracia** con tanta **cleptomanía**?) e *hýdor*, ‘agua’ (como en **hidroavión**, **hidromasaje** o **hidrógeno**). Literalmente, ese reloj es un «ladrón de agua»: mide el tiempo que se tarda en trasvasar (‘robar’) una cantidad de agua desde un recipiente a otro. Las clepsidras datan del antiguo Egipto: eran unas vasijas de barro llenas de agua, con un orificio de salida en la base y con una escala de horas marcada en la pared del recipiente. El nivel del agua trasvasada (‘robada’) indicaba las horas transcurridas. Y algo parecido sucedía con los relojes de arena. (Véase Figura 1.6).

Esto permitió empezar a dividir el día en horas. Antes les bastaba con decir: ‘día’, ‘noche’, ‘mediodía’, ‘medianoche’, ‘tarde’... Y, sobre todo, las horas más bellas: el **alba** (del latín *albus*, ‘blanco’) y el ocaso. Nadie ha llamado nunca jamás al alba de una forma tan bella como Homero: *rhododáctylos heos*, ‘la Aurora de rosados dedos’ (por tres palabras griegas: *heos*, la diosa Aurora, como en **Eoceno**, el periodo de la ‘aurora reciente’; *rhodós*, ‘rosado’, como el nombre de la isla de **Rodas**; y *dáctylos*, ‘dedo’, como en **dactilografía**). Y al ocaso Homero lo llamaba por su impresionante color: *oinos*, ‘vinoso’ (del griego *oinos* nos viene la **enología**). Y, hablando de efluvios vinoso-poéticos, se ha de reconocer que nuestro *Cantar de Mío Cid* tampoco lo hacía tan mal al hablar del alba: «Apriosa cantan los gallos / e quieren quebrar albos». Ni tampoco García Lorca: «Las piquetas de los gallos / cavan buscando la aurora». Pero ¿y el **ocaso**? Pues esta palabra nos viene del latín *occasus*, que, a su vez, procede del verbo *occidere*, ‘morir’, ‘caer muerto’: a la puesta de sol, cae muerto el día. Y por eso decimos también **Occidente**, donde el Sol cae al suelo y muere, frente al **Oriente** (del latín *oriri*, ‘nacer’), que es donde nace.

Así pues, llegados a este punto, en definitiva nos podemos preguntar: ¿y qué es el tiempo? El propio san Agustín declaraba en sus *Confesiones* su ignorancia: «Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunte, entonces no lo sé». ¡Pues eso mismo! Con razón dice don Quijote que el tiempo es «descubridor de todas las cosas».

Moraleja sólo puede haber una, la del poeta latino Horacio: «¡*Carpe diem!*», «Coge este día». Aprovecha el día de hoy, goza del presente. El pasado ya no existe y, todavía, el futuro tampoco. Olvídate de la eternidad.